UACJ. Cuadernos Fronterizos, Año 17, Núm. 52. (mayo-agosto, 2021): pp. 64-66. E-ISSN: 2594-0422, P-ISSN: 2007-1248

La ciudad que más busca a su gente

Fernanda Avendaño*

Chihuahua es una ciudad muy familiar
su álbum está pegado en los postes
en las paredes de todas las calles.
Buba Alarcón



La primera vez que busqué a alguien tenía poco más de 15 años. Mi vecino y su mejor amigo llegaron una mañana a mi casa con un paquete lleno de pesquisas para buscar a su compañera de la preparatoria. Pasamos semanas recorriendo las calles, buscándola junto a su familia, personas cercanas y la pequeña comunidad que se había formado. Algunos días después de que encontraron su cuerpo, me fui de la ciudad a terminar la preparatoria. Volví porque siempre hay alguien volviendo a Juárez. A pesar de su crudeza, esta es una ciudad imán y nos atrae a su centro.

La misma sensación de atracción la genera en mí el teatro cuando es exponente y observatorio de las condiciones de vida de quienes espectan. Por ello, no tengo dudas de que Angélica Pérez sintió el magnetismo del texto dramático escrito por Marco Antonio López Romero, *La ciudad donde más gente mira el cielo*, para ponerlo en escena en el marco del 39º Festival de Teatro de la Ciudad.

Así como un imán tiene dos polos, la obra presentada por Bethlem Teatro confronta los puntos sobre los que se establece la historia. La urbe donde más gente mira al cielo para obtener un récord Guinness es también la ciudad de la búsqueda de fosas clandestinas u osamentas. Estas ideas dicotómicas aparecen en varias partes del montaje. Si bien al inicio de la puesta una familia que acude a las dunas para participar del evento bromea con la idea de que "aquí nadie se pierde", la acción dramática principal la sostienen tres desconocidos que se reúnen para buscar a sus familiares en el desierto. Son es-

* Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Fecha de Recepción: 2021-08-22
Fecha de aceptación: 2021-08-24

LIBROS Y OTRAS RESEÑAS

tas búsquedas las que nos enfrentan con la tragedia.

La dicotomía no solo se expresa en la acción o en el diálogo; también lo hace en el escenario, pues la luz blanca que refleja el tiempo de lucidez y de búsqueda se opone en una especie de antítesis a la irradiación rojiza que designa al tiempo onírico. Del mismo modo que en el sueño se vislumbran los temores y las angustias de los personajes, al público se le revelan los espacios citadinos: el tren, la narcofosa, el terreno baldío, la paletería, las calles de Ciudad Juárez.

A su vez, la oralidad se enfrenta al archivo. El carácter testimonial, plasmado en los diálogos, no puede evitar recordarnos tantas historias que salieron de la leyenda negra que le dio fama a la ciudad. Los nombres de Manuel Favela, de José Luis Castillo Carreón, las experiencias de las colectivas, como Nuestras Hijas de Regreso a Casa o Familias Unidas por la Verdad y la Justicia, se asoman en el texto de Marco Antonio y nos recuerdan la visión de un periodista. Lo que presenciamos parte de la documentación, pero también del testimonio.

Así como algunos buscaban e interpretan las estrellas, del personaje de Dolores oímos la importancia de "encontrar cosas y poder reconocerlas", dando a notar que otra confrontación evidente en la obra se da entre la ciencia y la fe. Mientras se manifiesta un claro interés por la observación celeste y el conocimiento académico del cielo, también hay una sabiduría en la lectura de símbolos de quienes buscan. Los objetos se vuelven un tótem, una suerte de amuleto; los zopilotes se convierten en señales, el círculo de sal protege el cuerpo habitando un espacio y el rezo no solo es la petición del encuentro, sino también el llamado de quienes no están más –algo que en las marchas y protestas conocemos como "pase de lista"–.

Sobre la cabeza de los personajes se erige un último símbolo: un atrapasueños del que cuelgan los nombres y las pertenencias encontradas. A pesar de la idea de "no mirar el cielo por la sensación de estar perdiendo el tiempo", es en lo onírico donde el público puede conocer y reconocer a quienes han desaparecido. Angélica Pérez, como directora, construyó a los personajes a partir de los elementos que escenifican la obra; por eso no sorprende que, al final, estos construyan a su vez el zopilote que les anunciará dónde buscar.

Debo decir que la puesta en escena no es perfecta –¿alguna lo es realmente?–. Hay ocasiones en que los personajes hablan de la ciudad como si estuvieran en ella cuando realmente están en Samalayuca, los diálogos opacan a la acción dramática y, como esta obra fue ideada originalmente como una puesta en pantalla, hay muchas cuestiones de espacio escénico que no logran encajar del todo. Pero eso no es lo importante: esta obra logra su cometido en tanto que apela a la justicia desde el arte, porque genera empatía y concientiza sobre las diversas violencias que se gestan en la

frontera, convertida en un espacio que nos atrae y repele al mismo tiempo.

Si reflexiono sobre la ciudad y sus márgenes, no puedo dejar de pensar en la comunidad, en cómo hemos ido conformando, tal vez sin la conciencia de ello, grupos de búsqueda para resistir a la desaparición y a la muerte. Siempre son las redes que hemos formado y la comunicación entablada las que ayudan a localizar a alguna compañera –cuando tenemos suerte–. Y así como hemos perdido a muchas, otras –aunque las menos– han sido encontradas. Son las comunidades organizadas las que han tenido mayor éxito, pero continuamos con miedo a que la hermana no conteste el teléfono, que la amiga no llegue a casa o la madre no vuelva, porque "¿qué vida seguimos si una parte de nosotros está en algún lado esperando a ser encontrada?".

Reseña ganadora del 1er Concurso Independiente de Crítica Teatral Norteatro



Fotografía: Ingrid Leyva.